

Los lugares de la Guerra Civil, mucho más que patrimonio inmaterial

José Ramón Valero Escandell*

Departamento de Geografía Humana Universidad de Alicante

Resumen

El Vinalopó, comarca alejada de frentes bélicos, poco castigada por los bombardeos, típica de retaguardia, desempeñó un notable protagonismo político –última residencia gubernamental republicana–; económico, atrayendo una potente industria armamentística; y, de acogida, con decenas de colonias y hospitales. Hoy, aquellos lugares de la guerra constituyen un rico patrimonio cultural necesitado de protección y divulgación.

Palabras clave: Sitios de guerra, memoria histórica, patrimonio bélico, Vinalopó, Escuela del Calzado.

Abstract

The Vinalopó, whose districts were far from war fronts, little burdened by the typical bombing rearguard, played a significant political role –it had the last republican governmental residence–, economic, since it attracted a powerful armament industry and social because it was an important center of host with dozens of colonies and hospitals. Nowadays, those places of war constitute a rich cultural heritage that needs protection and disclosure.

Keywords: War sites, historical memory, military heritage, Vinalopó, Shoes School

* E-mail: jose.valero@ua.es

La Guerra Civil de 1936 a 1939 ha sido no sólo el suceso histórico al que mayor producción bibliográfica, literaria o cinematográfica se ha dedicado en nuestro país sino un periodo seguido con una atención e interés internacional sólo comparable al del esplendor de los Austria. Hoy, la aparición de artículos y libros sobre aquella contienda sigue siendo amplísima y no parece tener visos de disminuir. Como señala Ángel Viñas en su artículo en esta revista, esta incesante producción muestra el choque de tradiciones político-culturales y de ideologías en torno a la cuestión, a través de unos paradigmas que han ido evolucionando a lo largo de los años.

Es evidente que no todos los temas han sido tratados por igual a lo largo de los años. Por ejemplo, la represión de los vencedores ha sido silenciada en España hasta hace bien poco, y aún encuentra problemas para el conocimiento público de la forma y medida en que se desarrolló. Otras cuestiones, como los bombardeos y sus resultados, la violencia cotidiana, las cuestiones de género o los asuntos locales más oscuros –apropiación del patrimonio familiar y personal del enemigo, delaciones, abusos...–, son temas bien recientes. Entre aquello que no recibió excesiva atención se encuentran los lugares de guerra, los que protagonizaron aquel periodo y sus episodios significativos, que sólo militarmente finalizaron el 1 de abril de 1939.

Estos lugares, en algunas comarcas, fueron tan numerosos que podríamos estar hablando de auténticos paisajes de guerra, espacios en los que la presencia del conflicto sigue latente, desde los construidos en función de la guerra –del más modesto refugio de fábrica a la basílica del Valle de los Caídos, finalizada en 1958– a los destruidos en la misma –como una iglesia o un núcleo urbano–. Alguno, como Belchite, el núcleo destruido y el nuevo pueblo de marcadísima impronta totalitaria, constituye todo un tratado en piedra de aquel conflicto.

Es evidente que no todos estos escenarios están relacionados con hechos de armas. En nuestra comarca apenas hubo bombardeos ni hechos violentos que puedan calificarse de batalla, pero sí numerosos edificios y lugares vinculados a la guerra; en algunos momentos, como los diez días últimos del gobierno republicano alcanzan un protagonismo más que notable. Esta revista no presta especial atención a ese episodio porque el CEL Vinalopó ya dedicó a ello el libro de *El territorio de la derrota* y un artículo al Poblet, que hoy espera aún ser declarado Bien de Interés Cultural, en la Revista del Vinalopó nº 12. También en otros artículos y en el libro *Prisionero de Guerra*, de V. Belmonte, fue tratada la contienda.

Los lugares de guerra

Consideramos lugares de guerra cuantos entornos o construcciones estuvieron relacionados con el conflicto en cualquier aspecto, desde el político o militar, que generalmente asociamos fácilmente, a los de carácter productivo, cultural o social, siempre que la guerra transformase su devenir cotidiano de forma significativa.

A veces, resulta difícil distinguirlo. Por ejemplo, si el entorno de la *Ciudad Sin Ley*, de Petrer, cambió su habitual producción de calzado

para dedicarse durante algunos meses a la producción de material bélico, dejando incluso un refugio como testimonio, parece evidente considerarlo espacio ligado a la guerra. Pero, ¿qué decir cuando una fábrica producía calzado antes, durante y después de 1936-1939? Parece que nada ha cambiado, pero sí lo hicieron los ritmos de trabajo, el calzado producido (sobre todo, botas militares), la organización interna (incautación, cooperativa...), o algún refugio, o su conversión en hospitales de sangre, alojamiento de soldados o cárcel transitoria. No siempre es fácil determinar el límite conceptual.

A partir de ahí, de esa vinculación a aquel momento histórico o del momento y objeto de su creación, podríamos clasificar cuatro tipos de lugares de guerra:

Lugares construidos en y por la contienda

Refugios, trincheras, casamatas, aeródromos provisionales, centros de internamiento... En este número de la revista descubriremos su abundancia en prácticamente todo nuestro territorio a través de los artículos de Gil Hernández, sobre el sistema defensivo estructurado en torno a Alicante-Villena; y de González Alegre sobre las construcciones litorales de éste. Otros artículos, como el de A. Cerdá sobre el aeródromo de Monóver o el de F. Tendero sobre construcciones en Petrer, inciden en diferentes construcciones creadas en aquellos tres años cortos.

Muchos refugios fueron cegados o colmatados años después, casi siempre al concluir la II Guerra Mundial, pues hasta 1942-43 municipios como Elda tomaron medidas para mantenerlos en buen estado, ante el temor de un hipotético ataque aliado. Muchos de estos refugios han ido desapareciendo con la expansión constructora de los años posteriores, o con remodelaciones de los espacios públicos: otros muchos han caído en un olvido casi absoluto.

En Alcoi, Almería, Barcelona o Cartagena ya es posible visitarlos. En nuestra comunidad poseemos estudios que muestran la abundancia de refugios conservados en algunas poblaciones, como Valencia (Aragó, 2007, 224-227; Moreno Muñoz, 2011) o Alcoi (Beneito, 2007, 80-123). Construcciones defensivas, como bunkers o trincheras, sobreviven por toda la península, caso del área defensiva de Madrid (Castellano, 2004) o Valencia (Galdón, 2007, 96-105). Apenas se conservan infraestructuras provisionales donde milicianos o jóvenes de inmediata incorporación al ejército regular realizaban la instrucción.

No existen en nuestros valles establecimientos penitenciarios de aquellos años, pero sí uno emblemático muy próxima a nosotros, el famoso Campo de Albaterra, en San Isidro. Construido por la República como campo de trabajo para unos centenares de hombres (Sánchez Recio, 1991, 187-188), multiplicó el número por una cifra casi imposible en 1939. Pocos espacios de la contienda poseen un carácter tan simbólico como éste.

Lugares adaptados a las nuevas situaciones generadas por la guerra

Las circunstancias excepcionales de un conflicto cainita, el enfrenta-

miento en el seno de cada municipio, llevó a la adaptación de construcciones y espacios tanto para afrontar la situación como para implantar su propia concepción del mundo y de la historia. En este mismo número los artículos de García Gandía, Mas Belén y Sáez López estudian la adaptación de edificios y espacios en pueblos como Aspe, Crevillent o Sax, respectivamente. En su monumental estudio sobre Elx, Ors refleja en un croquis la situación de las sedes políticas, sindicales o sociales de aquella ciudad en los años bélicos (2008, 608).

Entre los espacios transformados se encuentran las iglesias, conventos y otras edificaciones religiosas, a veces al punto de ser reducidas a escombros, como en Elda (Navarro Pastor, 1981, 269), o incendiadas y saqueadas en la mayoría de poblaciones. Los centros recreativos identificados con la burguesía local, como los casinos, fueron convertidos en hospitales de sangre, cuarteles o sedes juveniles en pueblos de nuestra zona, aunque el de Monòver parece que apenas tuvo uso apreciable tras su incendio. Las mayores fincas de recreo pasaron a ser dedicadas a usos sanitarios o educativos, como podemos leer en los artículos de Valero Serrano, sobre la estructura sanitaria en Elda; o de Carles Salinas, sobre las colonias del Vinalopó.

Transformadas fueron buen número de fábricas, no sólo en sus dirección y organización, sino también para adaptarlas a la producción bélica, dadas las ventajas que comportaba el cambio, desde el suministro de materias primas o la mejora de maquinaria hasta el suministro alimenticio diferenciado.

Los cambios de uso de las edificaciones no se ajustan a una lógica similar en todos los lugares. Si pueblos sin mercado cubierto trataron de aprovechar para tal uso los templos religiosos –sólidos, en el centro urbano, amplios...–, en Elda, pese a carecer de él y ubicar su mercadillo cerca de la iglesia de Santa Ana, se optó por el derribo de ésta. Otras ciudades, con mercado de abastos, adaptaron el mismo a la producción militar, como Novelda (Piqueres, 2008).

Los cambios de uso más terribles fueron los destinados a funciones represivas, que en algunas poblaciones ocuparon hasta plazas de toros, como en el caso de Monòver.

Lugares donde se producen acontecimientos destacados

Nuestras comarcas no fueron, por suerte, territorio en el frente de batalla; al contrario, su protagonismo se desarrolló como lugar de retaguardia. No hubo bombardeos comparables a los sufridos por Alcoi o Alicante, especialmente la fatídica incursión de la aviación fascista italiana sobre el mercado de esta última el 25 de mayo de 1938, una de las grandes matanzas de la guerra, que se trató de silenciar durante décadas; pero sí hubo incursiones sobre algún pueblo portuario, Santa Pola, o sobre Villena (López Hurtado, 2010; Arnedo, 2011).

Mayor fue la importancia política de algunos enclaves de la zona. No fue, frente a la creencia popular y chovinista, capitalidad territorial alguna, no éramos Valencia o Barcelona, pero es extremadamente simbólico el papel jugado en los momentos finales del Gobierno de

España en el Valle de Elda (Valero, 2004), especialmente en lugares como el Poblet, de Petrer, entonces Posición Yuste (Valero, 2009), la Posición Dakar, del que tenemos testimonios incluso del representante de la Komintern (Minev, 2003) o el aeródromo del Fondó.

Cada vez adquieren mayor relevancia los espacios de la represión. Son numerosos los lugares de este tipo en nuestra provincia, desde el mismo puerto de Alicante, el Campo de los Almendros o el de Albatera, que constituyen todo un referente de la Guerra Civil. Aunque no debemos de olvidar otros como el seminario de Orihuela, utilizado por ambos bandos. A escala comarcal, no sólo cabe citar los centros de internamiento ligados a las cabeceras de partido, sino también los puntos donde se ejecuta en los tristemente famosos paseos, los centros de internamiento –mucho más numerosos en la posguerra que en la época de las llamadas *checas*–; los lugares en que se producen linchamientos a cargo de masas teóricamente incontroladas; o los asesinatos en las tapias de esos *grandes cementerios bajo la luna*, parodiando la obra de Georges Bernanos sobre la Mallorca franquista de 1938.

Monumentos creados o transformados posteriormente en recuerdo de la guerra

Al finalizar la contienda, toda España se puebla de monumentos conmemorativos a los caídos por Dios y por España, que tanto como recordar a las víctimas de un bando trataban de silenciar/justificar la barbarie que en esos momentos se ejercía sobre los otros. Entre esos monumentos memorialistas destaca la basílica/cementerio/mausoleo del Valle de los Caídos, o campo de concentración de Cuelgamuros, según quien lo recuerde. Abundan los estudios sobre ese lugar finalizado casi veinte años después de terminar las operaciones militares de la guerra, como el de D.Sueiro (2006) y, especialmente, la propuesta de cambio de significado de González Ruibal (2009, 65-72). Continuaba la tradición de monumentos memorialistas surgidos en toda Europa después de la Gran Guerra.

Aquí, el recuerdo a los caídos se plasmaba en cruces y lápidas a la puerta de las iglesias mayores de cada lugar, o en construcciones ex profeso en algunos rincones o jardines. En Elda, por ejemplo, se ubicó en una plaza junto a un antiguo cementerio, en un arco de marcada impronta hitleriana, tan grata al régimen en esos años; en Petrer, en el jardín contiguo al colegio público.

Desde 1979, con los ayuntamientos democráticos, algunos monumentos siguen en su lugar eliminando la leyenda o cambiándola por otra menos sectaria, como si la cruz cristiana pudiera representar a todas las víctimas de guerra. Con el tiempo, algunos desaparecieron. Más tarde, se colocaron algunas lápidas en memoria de las víctimas republicanas que recordaron hechos silenciados: inscripciones en el campo de Albatera y en el puerto y mercado de Alicante son buenos ejemplos. El monolito que recuerda la salida del Gobierno en el Fondó, de Monòver, sería uno de ellos.

Los lugares de guerra en el Vinalopó: espacios y edificios totalmente variados

El catálogo de los lugares de guerra del Vinalopó sería amplísimo y no es el objeto de este estudio. En algunos casos se conservan todavía magníficas muestras de los edificios más destacados; en Elda, por ejemplo, entre sus edificios públicos, hoy restaurados o modificados conservando rasgos de su carácter original, subsisten varios de aquellos donde se instalaron sedes gubernamentales, hospitales de guerra, o centros represivos. Conviene agruparlos por la función desempeñada para comprender mejor esta cantidad y diversidad de espacios transformados o creados durante el conflicto.

Los espacios ligados a la defensa del territorio o a actividades militares complementarias

El Vinalopó no fue un espacio especialmente castigado por bombardeos, al contrario que Alcoi o Alicante. No obstante, Santa Pola, bombardeada el 6 de marzo de 1939, y Villena, dos veces, la primera en diciembre de 1936, (López Hurtado, 2010, 209-214; Arnedo, 2010, 66-85) sí sufrieron las incursiones italianas.

El bombardeo sobre Villena y zonas cercanas fue el aviso que obligó a un esfuerzo ingente en dos aspectos: primero, la construcción de un sistema defensivo en torno al eje del Vinalopó, entre Alicante y Almansa, con su máxima expresión en el litoral y en el área del Portitxol; segundo, la creación de un sistema de refugios de todo tipo, desde los de carácter municipal, diseminados por cada población, a los de las principales factorías, sobre todo las de armamento, pasando por los de instalaciones militares, como en el aeródromo del Fondó. En íntima relación con estas construcciones, una red de seguimiento y control transmitía a la población la inminencia de un posible ataque. Esta red de seguimiento se encontraba en zonas elevadas: campanario de Santiago, en Villena (Arnedo, 2010); torre grande del castillo de Sax; ermita de Santa Bárbara, en Monóver...

Merecen atención las escasas edificaciones militares o asimiladas de la zona, como los cuarteles de la guardia civil. El de Elda, muy reciente (1933), sirvió de alojamiento de tropas en algunos momentos; el de Petrer estuvo implicado en la trama golpista (Pavía, 1997, 150). También otros edificios fueron asimilados para el acuartelamiento de milicias, como en la iglesia y el casino de Novelda (Piqueres, 173), o en numerosísimos puntos de Villena. López Hurtado (2010, 290-307) cita que, tras la toma de la ciudad por los franquistas, las tropas ocupantes, italianos y falangistas principalmente, se instalaron en la Casa del Pueblo, el Colegio Salesiano, la Bodega Nueva, las Escuelas Nuevas, el Cine Cinema, el Teatro Chapí y hasta la Escuela de la Chanzá o el antiguo campo de fútbol del Ruibal para parque móvil.

En este grupo cabe citar el aeródromo de Monóver, protagonista de la partida al exilio del Gobierno, encuadrado en una red que comprendía, entre otros, Caudete, Rabassa o el Marjal de Onil. También el centro de control instalado en el Poblet, de Petrer; incluso las zonas de

instrucción militar que algunos municipios establecieron en su periferia, como Elda, en los alrededores de Plaza de Castelar y en el viejo Parque de Atracciones; y en Villena, en un área de prácticas de tiro en el paraje de los Cabezos (López Hurtado, 2010, 246).

Como servicios complementarios, merecen especial atención las clínicas militares y hospitales de sangre establecidos por todas partes, en una zona alejada de los frentes y fácilmente comunicada. Clínicas militares tuvieron Villena, Sax, Elda, Monóver, Novelda, Elx... casi parece la relación de estaciones de la vía ferroviaria Alicante-Madrid. En Monóver ocuparon un colegio casi nuevo y en Sax otro todavía sin inaugurar; en las principales ciudades, los casinos burgueses, como en Elda, Novelda o Villena (el Círculo Agrícola Mercantil); eran las instalaciones más complejas, con operaciones quirúrgicas de alguna entidad; además, una nutrida red de pequeños hospitales de curas y convalecencias de soldados que podían muchas veces salir a pasear por las calles cercanas... o incluso acudir a tabernas y prostíbulos. En Monóver, recuerdan que en alguna taberna muchos se juntaban por la tarde, cantaban canciones de frente y revivían un ambiente cuartelario. Lejos de los núcleos urbanos, en el Poblet o en un caserón de Santa Eulalia, se ubicaron hospitales para soldados con enfermedades infecciosas.

Caso especial fueron las Escuelas Nacionales Castelar, de Elda, (hoy, CEIP Padre Manjón), que acogieron instalaciones de la Subsecretaría del Ejército de Tierra a finales de febrero de 1939, sólo durante algunos días, como parte del plan de Negrín, para organizar una posible evacuación hacia los puertos del levante peninsular. Es probable que en el mismo edificio hubiese una oficina del Servicio de Inteligencia Militar (SIM); aunque otras fuentes lo sitúan en un chalet de la cercana Ciudad Vergel. Fue, sin duda, la instalación de mayor rango militar de las establecidas en estas comarcas.

Los espacios productivos

Las fábricas de armamento son las más relacionadas con el periodo bélico. Jamás, ni antes ni después de la guerra, tuvieron estas comarcas una industria similar. Como mucho, alguna partida de botas para el ejército en fábricas como Pedro Bellod. Sin embargo, desde los primeros meses de la guerra, algunas industrias adaptaron su producción para abastecer de calzado al ejército; después, se habilitaron talleres metalúrgicos; en los meses finales, la comarca acogió personal y maquinaria desplazados desde zonas próximas al frente de batalla. Una visión de conjunto de esta estructura fabril militar podemos encontrarla en Quilis (1992) y en Santacreu (1990), con mapas sobre su distribución a escala provincial.

Entre el Bajo Vinalopó y la periferia alicantina se ubicó la Fábrica de Cartuchería de Toledo, que empleó a muchos centenares de trabajadores. La Unión Naval de Levante, cuando Sagunto y Valencia corrían peligro de caer en manos franquistas, se estableció en Elda y Petrer, en fábricas como las de Chico de Guzmán, García y Navarro (Navarro

Montesinos, 2006), Rivas, Pedro Amat y otras en Elda. Todas dotadas de refugios próximos, de los que todavía se conserva el de la Ciudad Sin Ley petrerense (Jover y García, 2006).

Sin pretender ser exhaustivos, existieron muchas otras. Piqueres (2008, 173-181) cita que se instalaron las fábricas de armamento números 3 y 4 en Novelda, en el mercado y en el almacén de José Sala y recuerda que a la entrada de la primera existía un cartel en el que podía leerse «Subsecretaría de Armamento. Delegación de Novelda»; en Monóver, en los locales de Gilma se fabricaban alas para aviones. En Elda se adaptaron a usos bélicos algunos talleres como los de Cantó o Navarro, aunque ahora bajo los nombres de Cooperativa Metalúrgica UGT y o Industria Metalúrgica Socializada CNT; en Villena sucedió lo mismo en la Industria Metalúrgica Socializada CNT. Calzados Tesoro S.L. de Sax que se transformó en fábricas de cazadoras de piel para el ejército (Ponce y Martínez, 2003, 164), ocupación a la que también se dedicó la Fábrica nº 6 de Elda, creada en esa época en el barrio de la Estación. La Fábrica Nacional de Moneda y Timbre se instaló en Aspe en 1938 (sus circunstancias pueden seguirse en el artículo de García Gandía).

Otros cambios fueron menos perceptibles geográficamente. La industria del calzado mantuvo su función, pero cambiaron muchas circunstancias, derivadas de la propiedad de los medios productivos. Por ejemplo, tanto en Elda-Petrer como en Villena se siguieron procesos de incautación de las anteriormente fábricas privadas: nacieron el CRES, Consejo Regulador de Economía Socializada de Villena (Quilis, 1992, 210-221; Ponce y Martínez, 2003, 155-159) y el Sindicato de la Industria del Calzado de Elda y Petrer, la SICEP, y la Cooperativa Obrera de la Industria del Calzado y Similares (COICS), que agrupaba inicialmente a las cinco fábricas mayores (Santacreu, 1990, 64; Valero, 1992, 96-102), aunque ambos grupos se acabaron fusionando. La concentración productiva eldense acabó cerrando algunas naves, convirtiendo otras en almacenes o estableciendo otros usos en varias otras; así, uno de los almacenes de la SICEP acabó convertido en el lugar de referencia de la entidad. Después, con la llegada de la infraestructura de la industria armamentística, algunas fábricas se dedicaron a estos menesteres. Entre otros cambios, la Industria Española del Calzado acabó acogiendo el mobiliario de las Escuelas Nacionales o Escuelas Nuevas cuando el Gobierno decidió dedicarlas a instalaciones del Ejército. El cambio más visible fue la colocación del reloj en la fachada de la fábrica de Rodolfo Guarinos; el ritmo de la vida eldense, desaparecido el templo de Santa Ana, lo marcaba ya un centro de trabajo, el mayor de la ciudad en esos años.

Los espacios de acogida de evacuados y refugiados

En este tipo podrían incluirse hospitales habilitados para heridos de guerra o las factorías desplazadas desde poblaciones cercanas al frente, o ya ocupadas por el enemigo, pero la memoria colectiva recuerda especialmente dos: las colonias colectivas y la llegada de miles de

refugiados procedentes de otras provincias, como Málaga, Asturias, o, especialmente, Madrid.

Carlos Salinas trata en su artículo la instalación de una veintena de estas colonias en el territorio del Vinalopó. Varias se conservan todavía puesto que solían ser edificios singulares, de calidad notable, residencias de recreo de familias acomodadas. Su apertura no sólo supuso un esfuerzo notable para los lugares en que se establecieron; también fueron una posibilidad de empleo, y lo que era más importante, de sustento garantizado —puesto que solían contar con avituallamiento diferenciado— para muchas personas.

También vinieron clases enteras de escolares evacuados, acompañados de su profesorado. Así, a Elda llegaron, por lo menos, dos grupos madrileños, el Pérez Galdós y el Bartolomé Cossío (Bazán, 1989, 154; Navarro Pastor, 1981, 273), acogidos por las familias, en medio de un enorme esfuerzo de solidaridad, capaz de cuidar a varios hermanos para no separarles. El Ayuntamiento se veía desbordado a la hora de conseguir abastecimiento alimenticio para el incremento demográfico. Algunos ancianos recuerdan cómo su padre regresó contrariado de la calle Nueva —desde distribuían a los niños llegados—, porque en los primeros días no eran bastantes para una demanda tan elevada por parte de las familias eldenses. Algo similar sucedió en Petrer. Y no hubo en este aspecto distingos ideológicos.

Menor entusiasmo suscitaron los adultos evacuados, en especial cuando fueron incrementándose las carencias materiales. A menudo, se les alojaba en viviendas confiscadas a algunos propietarios huidos, o en las casas de campo de los desafectos al régimen; hubo casos de claro hacinamiento y de descuido de la vivienda de acogida. En Elda hubo evacuados en casitas de la Jaud, aquellas que acabaron conformando la llamada Posición Dakar, o en la señorial Casa de las Beltranas. Otros compartieron vivienda con familias locales.

Los lugares de relevancia política

Sin duda, el principal enclave político establecido en la zona fue la llamada Posición Yuste, instalada en la finca El Poblet, en Petrer. Ya se trató extensamente en las páginas de esta revista y a aquel artículo remitimos (Valero, 2009).

También cabe reseñar en lugar destacado el conjunto de casitas de la Jaud, en la periferia eldense, alguna en término de Petrer, conocidas en clave en esas fechas como Posición Dakar. En esta *sucia aldeíta* de Elda, en palabras de Stephanov (Minev, 2003, 202-206), que llegó a ella poco después de haber salido de allí varias familias refugiadas para ofrecer residencia alejada de núcleos urbanos a miembros del Gobierno en los días que Negrín pasó en El Poblet. Allí acabó convergiendo gran parte de la dirección del PCE y allí se celebró la última reunión política en España del presidente del Gobierno (Valero, 2004, 99-106). Negrín, acompañado por su ministro de exteriores, Álvarez del Vayo, acudió a despedirse de los comunistas en un momento especialmente tenso, con riesgo de una guerra civil en el seno del propio

bando republicano. Existen numerosos testimonios directos de aquellos momentos.

En cada municipio ciertos lugares protagonizaron esos años. Ors (2008, 608) nos ha ofrecido un croquis de la ubicación de los principales centros políticos, sindicales y asistenciales de Elx. López Hurtado ha hecho lo propio para Villena: el Círculo Villenense, incautado y reconvertido en Casa del Pueblo; la sede del PCE, en la Casa de Cristóbal Pérez, y la cenetista en el colegio de las Carmelitas; la comandancia militar de los ocupantes franquistas en la Casa de Amorós o la jefatura local de Falange en la Casa de la Cadena.

Sobre Elda, poseemos una información cada vez más completa. Ya Navarro Pastor describió (1991, 249-275) cómo fueron surgiendo sociedades hasta entonces inexistentes o poco conocidas, en edificios céntricos: los Amigos de la Unión Soviética o de México, Socorro Rojo, la SIA, o los Pioneros Rojos; también, los ataques iniciales a alguna sede política (la de la Derecha Regional Agraria, en la calle de San Roque) o ligada a los empresarios (la Gran Peña, en la calle Nueva, las mansiones de R.Guarinos y A.Porta) y al clero (casa abadía). Se fundó el Instituto Obrero, de la FETE, la organización de enseñanza de la UGT, y creció el Ateneo Libertario, en la calle Pérez Galdós (hoy Pemán). Algunas entidades no cambiaron de sede, pero otras se mudaron a un local más amplio, como la Casa del Pueblo, que se instaló en el Salón Mundial, o ampliaron el número de sus instalaciones, como los anarquistas, que ocuparon también una parte de la vieja fábrica de Casto Peláez y, al menos de facto, el Coliseo España.

La sede de la CNT eldense fue decisiva en las horas iniciales, cuando repartió armas para la defensa popular. Previamente, en Petrer, la trama golpista estuvo ligada al cuartel, el juzgado de paz y la farmacia de un falangista (Pavía, 1997, 150-153), y, según Costalet, también a un bar de carretera alejado del núcleo.

Muchos espacios abiertos también protagonizaron actos de afirmación política, como las plazas de los ayuntamientos, las calles donde se ubicaban los edificios singulares o los recorridos de paseo. Ante los ayuntamientos se realizaron manifestaciones de apoyo a los 13 puntos de Negrín o la ocupación oficial de las ciudades por las fuerzas franquistas en los días últimos de marzo. En Villena, la Corredera fue el lugar destacado de las manifestaciones más masivas prorrepúblicas, pero también la recorrió el desfile de la 2ª bandera de falangistas de Castilla, cuando la ciudad ya estuvo en manos de las tropas rebeldes (López Hurtado, 389); en Elda, la Calle Nueva, lugar de paseo y sede de varias entidades en un espacio reducido, protagonizó actos políticos como la manifestación por la toma de Teruel por los republicanos, un acto que costó posteriormente prisión a don Eliso Verdú, al que se le ofreció portar la bandera, como persona de consenso y de prestigio. También se recuerda el paso de los italianos por la calle Jardines, en la carretera general, también zona de paseo, donde derribaron una placa dedicada a Durruti y repartieron alimentos a una población a la que previamente habían empobrecido: en Petrer, la Plaça de Baix acogió

desde el apoyo popular a los 13 puntos de Negrín a actos de afirmación nacional católica en las primeras semanas de ocupación franquista.

Los locales de espectáculos públicos –cines, teatros, plazas de toros– también tuvieron gran actividad política. Ors recoge la extensísima programación de cine, teatro, variedades y actos políticos que se celebraron en Elche durante la contienda (Ors, 2008, 74-80) y Corbí (2002, 69-71) ha hecho lo propio sobre Monóver, donde también se conservan fotos de Caneu sobre un festival popular pro Socorro Rojo en la plaza de toros. En Elda, donde los más ancianos recuerdan cómo el Coliseo repetía la película soviética *El Guerrillero Rojo*, hubo actos benéficos con participación de artistas locales y fue especialmente emotiva la despedida popular a las Brigadas Internacionales en el Teatro Castelar.

Los lugares de la represión

Silenciados unos durante décadas y convertidos otros poco menos que en motivo de peregrinación, los lugares donde se reprimió a centenares de personas por apoyar la causa del adversario fueron de una variedad no sólo excepcional, sino casi imposible de creer en algunas poblaciones.

Numerosas publicaciones han mostrado auténticos listados de lugares en los que se ejerció la represión revolucionaria sobre gentes de clara significación derechista o clerical. Hoy ya podríamos hablar de una clara «geografía de los paseos en la zona», a partir de libros como los de Navarro Pastor, sobre Elda (1981, 151); Ors sobre Elche (2008, 108-115); o, López Hurtado, sobre Villena (2010, 195). Casi siempre son lugares situados a las afueras de las poblaciones, en las cunetas de las carreteras donde se realizaron los asesinatos al amparo de la noche. A veces, la víctima aparecía a escasa distancia de la población, –en Elda hubo cadáveres en la zona de la Jaud o en el camino viejo de Petrer–; pero otras fueron trasladados a mayor distancia, como los once religiosos de Cocentaina ejecutados en los arcos del Canal de los Belgas, junto a la carretera general, a la salida de Sax hacia Alicante. Mayor conmoción popular supusieron los linchamientos de Aspe y Petrer; en el primero, los tres cadáveres fueron abandonados en dos puntos muy cercanos al ayuntamiento (Moreno Sáez, 2009); en Petrer, aunque el vía crucis recorrió de parte a parte el pueblo, el cadáver fue arrojado al Salitre, en el camino hacia el viejo cementerio. Muy vinculado al imaginario colectivo de la guerra fue la muerte de varios guardiaciviles –el suegro del poeta Miguel Hernández, uno de ellos– en Elda, tiroteados por los anarquistas; las versiones populares se han ido mitificando con los años, añadiendo puntos inexactos (el viejo cuartel ya desocupado) y cambiando fechas (Pérez Rosas, 2007).

La violencia franquista realizó la mayoría de fusilamientos en Alicante y otros puntos, tras juicios sumarísimos tan pomposos como carentes de cualquier legitimidad democrática; las tapias de los cementerios adquirieron también un gran protagonismo, casi siempre con cierta discreción, pero en ocasiones buscando solemnidad vengativa a unos actos que no pasaban de simple estética matonista, como cuando en

Petret los falangistas pidieron a los militares el privilegio de ejecutar/ asesinar al alcalde Rosendo García (Navarro Poveda, 2012, 52); o en Villena llevaron a los niños del Frente de Juventudes a presenciar fusilamientos (López Hurtado, 2010, 329). Muchos asesinados acabaron en fosas comunes de los cementerios, sin que hasta hoy se haya efectuado en la comarca exhumación de la que tengamos constancia.

Alicante es la provincia más conocida hoy por sus lugares represivos, desde la cárcel provincial ligada al encarcelamiento y muerte de J.A. Primo de Rivera hasta el Campo de Albatera o el provisional Campo de los Almendros al que llevaron a los detenidos en el puerto de Alicante. Las comarcas del Vinalopó no van a la zaga en la estructura carcelaria provincial.

Desde los primeros días de la guerra, existieron centros de detención más o menos improvisada; en el mejor de los casos en manos de las autoridades, como las cárceles del partido o los calabozos municipales; en el peor, controlados por organizaciones que improvisaron locales donde encerrar a significados derechistas locales, no necesariamente los más violentos. La actuación *descontrolada* de algunas organizaciones –en general, la predominante en cada pueblo– hizo que algunos alcaldes no dudarán en trasladar a la cárcel de Alicante a algunos derechistas, no siempre por su capacidad de su actuación concreta, sino por el peligro real que corría una vida a la que no podía ofrecer garantías. Entre los más conocidos, el Coliseo España eldense, en poder de las organizaciones libertarias.

Sin duda, el centro de detención más destacado de todo el valle del Vinalopó fue el Campo de Concentración de Monóver ubicado en la plaza de toros, adonde fueron trasladados en las primeras semanas de posguerra centenares de personas de ese partido judicial, que incluía desde Petret a El Pinós. Tono, un entrañable anciano vinculado al mundo taurino, recordaba cómo aquella gente acabó utilizando hasta las maderas de los burladeros para hacer leña. Los campos de concentración franquistas, una realidad públicamente casi desconocida hasta hace unas dos décadas, no deben compararse con los alemanes –por ejemplo, no tenían crematorios con cámaras de gas, les faltaba capacidad técnica para ello–, pero tampoco con los campos franceses donde recluyeron a los exiliados tras la retirada de Cataluña, que por inhóspitos que fueran no presuponían torturas o ejecuciones. Sobre la plaza de toros convertida en presidio conservamos numerosas referencias (Rodrigo, Cerdán...). Fue el más importante del interior alicantino pues desde otros lugares, como la Foia de Castalla o Villena se envió detenidos hacia ella. López Hurtado (2010, 352-353) cuenta la historia del traslado de los *filomenos*, llamados así porque antes estuvieron detenidos en los sótanos de la casa de D^a Filomena Candel; ellos mismos compusieron una canción alusiva. Hurtado habla también de lugares de detención en el paseo de Chapí o los calabozos municipales; Costa (2007, 54) cita también los almacenes de Maíquez. En Elche, los principales centros de detención fueron el palacio de Altamira, por el que pasó casi medio millar de personas (Ors, 166) y la Fábrica n^o 2.

El campo de concentración, pese a su carácter masivo, no excluye la existencia de otros centros de internamiento en la propia Monòver, como la cárcel de partido ubicada en el Convent, también utilizada en su momento por los republicanos. Sobre la realidad de esta prisión contamos con el testimonio de Vicente Belmonte en *Prisionero de guerra* (2007, 47-56).

La Elda del final de la guerra ilustra bien hasta qué punto la geografía carcelaria puede llegar a ser absolutamente compleja. La ciudad no era entonces cabecera de partido judicial, la mayoría de sus detenidos acabó siendo trasladado a Monòvar o Alicante, a la espera de un juicio sin garantía alguna. Pese a ello, tenemos constancia de centros de detención en el cine Cervantes, posiblemente el más numeroso, sobre el que todavía pudimos recoger testimonios directos; pero también se utilizaron los calabozos municipales, las instalaciones anarquistas de la fábrica de Casto Peláez reconvertidas en sede falangista, la casa modernista de Vera Millán, los locales de la coral en Eugenio Montes –en este caso, para las mujeres detenidas–, el chalet de Puigcerver o el colegio de don Eliso Verdú, donde éste mismo estuvo en arresto domiciliario, pues su avanzada edad le permitió subir a su casa cada noche. Resulta sorprendente, y muy ilustrativo de cómo el recuerdo de la guerra fue largo tiempo sesgado, que el centro de detención más recordado en Elda sea el Coliseo, la *checa* de los anarquistas.

Tanto en los años bélicos como después, algunas viviendas alojaron a personas escondidas, ayudadas por algún amigo o familiar. El caso más representativo puede ser el del monovero Miguel Villalta, destacado político, que permaneció oculto bastante tiempo en casa de una tía, en pleno centro de Monòver, hasta que fue delatado y fusilado (Sánchez Recio, 2010).

Los lugares de la identidad

Entre ellos cabe citar todos aquellos representativos de las distintas ideologías políticas, religiosas, culturales o económicas confrontadas en la Guerra Civil. Sin duda, por su carácter de hito público, las iglesias representan mejor que ningún otro tanto la aversión de una parte de la población, especialmente la de los sectores obreristas de los grupos afines a la República, como el apoyo sin medida de cuantos representaban las corrientes más conservadoras. Los templos católicos significaban mucho, quizás demasiado en la España de preguerra: claramente alineados, al menos en nuestra zona, con los poderes económicos y con las ideologías conservadoras, cuando no reaccionarias, justificadores del rechazo a la legalidad constituida. Eran vistos con recelo, cuando no con profunda hostilidad, por las ideologías revolucionarias, que veían en ellos la condensación ideológica de todo cuanto pretendían transformar en el país. Las iglesias y sus campanarios, muchas veces bajo el castillo señorial, eran el referente del pueblo en la distancia, el indicador de la mayoría de los municipios; eran también el centro de numerosos actos públicos, el testigo del paso del tiempo y del ritmo de vida, implicado como estaba en bautizos, bodas y entierros, el

púlpito desde donde se trataba de dictar la moral de la población.

En los primeros días, la ira radical quemó, saqueó y destrozó numerosas iglesias y ermitas. Entre los testimonios de destrozos destacan las fotografías sobre el riquísimo patrimonio religioso de Villena (Costa, 2007, 23; López Hurtado, 2010, 100-104). Después, muchos templos de referencia fueron utilizados como almacén (Santiago de Villena, Petrer...), cochera (Elx, Monóver) o uso polivalente, como en Novelda, donde fue cuartel de milicias, prisión, mercado de abastos y sede de partido político (Piqueres, 2008). En Elda, tras el incendio de Santa Ana, pese a que se propuso utilizar el edificio para otros fines, se derribó totalmente, con la excusa de un informe que hablaba de estado ruinoso. También se dañaron ermitas de varios municipios y se ocuparon varios edificios conventuales.

Al finalizar la guerra, recuperar el estado de los templos o reconstruir lo derribado se convirtió en tarea preferente. A veces, se hizo con afán revanchista y orgullo de vencedor: en Elda, la nueva Santa Ana superó ampliamente el tamaño del templo anterior, aunque para ello fuese necesario derribar cuanto había hasta la Puerta del Sol o Cuatro Esquinas; en Petrer, en San Bartolomé una lápida aún recuerda que la iglesia que fue reconstruida en 1945 con «*la aportación y esfuerzo de los industriales y propietarios de esta villa*», no sé si por olvido o humillación de los obreros y campesinos –la mayoría de los petrerenses– o por la pobreza o indiferencia de estos.

Lugares característicos de las luchas de clase fueron también los casinos y casas del pueblo. Muchos casinos y sociedades recreativas burguesas, o al menos de carácter interclasista más o menos pudiente, sufrieron daños en los primeros días posteriores al levantamiento. Por ejemplo, la Gran Peña eldense, el Casino de Monóvar y algunos otros. Buena parte de ellos fueron después utilizados para Casa del Pueblo, como el Círculo Villenense (L.Hurtado, 2010, 255), o para hospitales, como el Casino Eldense o el de Novelda. En Elda, el casino no destacaba por su carácter conservador, como prueba que la directiva estuviese próxima al PSOE o que, cuando fue incautado, ofrecieran a sus socios la Casa del Pueblo socialista como cafetería. Las casas del pueblo, o centro obrero en algún municipio, eran lugar de relación y concienciación de los trabajadores en casi todas los pueblos, vinculadas con la UGT y el PSOE, aunque también con otras ideologías. Con las incautaciones a propietarios y entidades derechistas, en alguna ocasión estos centros cambiaron de local y se establecieron en edificios con mayor capacidad, dotación o centralidad. Al acabar la guerra desaparecieron y sus locales, propios o no, fueron incautados; en algunas ciudades, pasaron a manos de los nuevos sindicatos corporativos dóciles al nuevo Régimen, como ocurrió en Elda con la sede de los sindicatos anarquistas o en Monóver con el local socialista.

Finalizada la guerra, la comarca, como toda España, se pobló de cruces de los caídos, entendiendo como tales sólo a los que lo hicieron «por Dios y por España», no a sus adversarios, pese a que también creyeron luchar por la independencia de España frente a la invasión de

nazis y fascistas, como es fácil comprobar en los carteles de época. Las cruces fueron instaladas en plazas, en ocasiones en el centro de la población, como en Villena, o algo más periféricas, como en Novelda, en Petrer, junto al colegio público (Rico Navarro, 1997, 67-70) o en Elda, en el jardín que llevó su nombre. En Elda, para ampliar el listado de fallecidos se incluye, junto al fundador de Falange, como era preceptivo, tanto a los fallecidos nacidos allí como a los inmigrados en la ciudad, tanto a las víctimas de represión como a soldados muertos.

Además, también fue frecuente colocar lápidas o cruces en las fachadas de las iglesias, como en Aspe o en Biar. En Elda, donde la iglesia había sido derribada –se realizaban los oficios provisionales en locales contiguos al Coliseo– y se construía el monumento conmemorativo, se cubrió profusamente el ayuntamiento con toda la simbología falangista.

Otros hitos conmemorativos fueron los pilares colocados junto a la carretera general Alicante-Ocaña en todos y cada uno de los puntos donde se intercambiaron el féretro con los restos joseantonianos las distintas falanges del país, en el traslado hacia el panteón real de San Lorenzo del Escorial. En Elda y Villena se conservaron hasta años después de la muerte de Franco; sobre el desfile funerario por la Corredera villenense podemos todavía ver las fotografías en Villena Cuéntame y alguna otra página de internet. Con el tiempo, unos monumentos desaparecieron, en otros se han modificado las inscripciones y en otros se trasladaron, como en Petrer, que conserva las piedras a la entrada del cementerio. También conservamos recuerdos dispersos, como la tumba con los restos de los guardiaciviles tiroteados en Elda. Desde hace algunos años, también algún otro vinculado al bando derrotado, como el memorial del Fondó de Monòver; pero también a los vencedores como el entierro de algunas víctimas católicas en iglesias de Elda o Camp de Mirra.

El control sectario de los lugares se culminó con los cambios de nombre de las calles y la desaparición de la práctica totalidad de referencias al vencido. Así, en Petrer, muchas calles céntricas se dedicaron a los falangistas fusilados, por el solo hecho de haberlo sido. Elda, sin embargo, se pobló de placas con nombres militares, en referencia a grandes jefes del ejército rebelde, desde Franco a Queipo de Llano o Varela; lo de menos era su actuación concreta en los hechos bélicos. No sólo eso: algunos cambios de nombre eldenses son difíciles de entender, como titular calle de la Victoria a la antigua calle de la Paz, o Roma a la calle París, además de eliminar nombres de empresarios del calzado, como Pablo Guarinos, o políticos alfonsinos, como el Médico Beltrán. Teniéndose por patriotas españoles, los nuevos dirigentes no se atrevieron a desmontar la estatua de don Emilio de Castelar –tal vez, el mayor rasgo de identidad y orgullo de la Elda de aquel tiempo–; por despiste seguramente, tampoco eliminaron nunca el escudo republicano de España, con corona almenada, que preside el cuartel de la Guardia Civil.

Los lugares que nunca existieron: proyectos en la Guerra Civil

Algunos agentes sociales, como los sindicatos, instituciones sociales o partidos políticos minoritarios antes, vieron en el levantamiento militar

no sólo una agresión a sus ideas o una oportunidad para intentar sueños revolucionarios: vieron el momento de poder llevar adelante ideas concretas que mejoraran la vida de los más favorecidos, la cultura española o la economía nacional y local. En general, fueron numerosos los proyectos segados a causa de la guerra –por ejemplo, el proyecto de mercado de abastos en Elda– pero también hubo otros que nacieron entonces, aunque casi nunca pudieron materializarse.

Un ejemplo de ello, truncado pero brillante, fue el de la Escuela Profesional del Calzado y Derivados de la Piel en Elda. Todo nació en el seno del recién creado Ateneo Artístico de Modelistas y Patronistas, nacido a raíz de la incautación de las grandes empresas y de la constitución de la COICS y de la SICEP. Del enorme esfuerzo creador desarrollado por aquellos entusiastas queda un ejemplo en el Museo del Calzado, el del muestrario de la fábrica Luvi, de Petrer.

El Ateneo comenzó pronto a dar frutos más allá de diseñar nuevos modelos, que difícilmente podían desarrollarse ante las circunstancias adversas que obligaban a concentrar los esfuerzos en el calzado militar, que además tenía la venta asegurada. Al poco de su creación, el Ateneo solicitó al Consejo Municipal la creación de una Escuela de Artes y Oficios, sustentada con un arbitrio de 5 céntimos por cada par de zapatos fabricado en Elda y Petrer. Pedían también un aula de las Escuelas Nacionales, para impartir clases de dibujo de adorno, a cargo del pintor Gabriel Poveda, al que el municipio financió con 15 pesetas semanales (Bazán, 1989, 155).

La Escuela de Artes y Oficios estuvo ubicada en una esquina de la actual calle Petrer, donde bajo la dirección de Francisco Rull impartieron clases Pedro Carpena, Genaro Vera, Isidro Aguado y otros varios profesores. Los alumnos recibían allí clases para todo tipo de labores del calzado: modelista, patronista, cortado, aparado, montado... (Navarro Pastor, 273). La mayor innovación es que la escuela fue capaz de montar una fábrica, la llamada Número 6, porque se integraba junto a las cinco de la COICS. Situada en el barrio de la Estación, casi a medio camino entre las factorías de Vera y Aguado, fabricó cazadoras –de ahí que varias mujeres que trabajaron allí la recordasen como «la fábrica de las cazadoras»–, correajes y otros productos para la indumentaria del ejército.

Una iniciativa de tal calibre hubo de contar pronto con el apoyo gubernamental. *La Gaceta de la República* del 13 de mayo de 1937 publicó en Valencia la creación de la Escuela Profesional de la Industria del Calzado y Derivados de la Piel de Elda, dirigida a la «formación completa de los trabajadores especiales», además de apoyar al resto de oficios y asesorar a la industria regional en aspectos como métodos de trabajo. La escuela estaba regida por una Junta Local, presidida por un representante ministerial y compuesta por las organizaciones políticas y sindicales del Frente Popular en la zona. El ministerio se comprometía a costear al menos el 75% del proyecto, tanto en el caso de la habilitación de algún local como en el de crear un centro nuevo. La entidad asumía la escuela privada existente en Elda, es decir, la de Artes y Oficios, e integraba a todo su profesorado.

La idea no cayó en saco roto. El 27 de octubre de 1938, la *Gaceta* publicaba desde Barcelona el acuerdo de construir un nuevo edificio y costear la obra y el proyecto realizado por el arquitecto J. L. Benlliure. El centro debía construirse en unos terrenos cedidos por *El Progreso, Sociedad Cooperativa Constructora*, en una zona lindante a la plaza de Castelar y al actual mercado, casi cuatro mil metros entre las actuales calles de María Guerrero, Juan Carlos I, Francisco Alonso y Petrer. En caso de no llevarse a cabo la construcción, El Progreso tenía derecho a la reversión de los terrenos.

Aunque la formación profesional siguió su curso en los locales habilitados, el resultado de la guerra y las dificultades de todo tipo vividas en los últimos meses impidieron la construcción del centro. Sin embargo, sirvió de base incuestionable para otras iniciativas llevadas a cabo en las décadas posteriores. La vinculación de la formación profesional de los trabajadores del calzado con la asociación de los creadores y la disponibilidad de una fábrica propia, dirigida desde la escuela, resulta extraordinariamente novedosa y envidiable incluso en nuestros días.

Los lugares polivalentes y los cambios de uso

Muchos lugares continuaron la misma labor que desarrollaban antes de la contienda, como las fábricas de calzado o harinas, o las casas consistoriales; otros, fueron creados en función del momento, como los refugios o las defensas; muchos cambiaron su función en esos tres cortos años, como la mayoría de iglesias, casinos o residencias particulares privilegiadas, pero también las fábricas adaptadas a la producción armamentística. Hubo algunos que mantuvieron su función con sujetos diferentes, como las sedes sindicales que se reconvirtieron en sedes falangistas o militares en los meses posteriores al final de la guerra. Pero otros sufrieron alteraciones complejas durante la Guerra Civil, e incluso algunos compatibilizaron funciones bien diferentes.

Entre ellos, tal vez el más curioso fue el Salón Mundial, de Elda, una sala de baile que ya había modificado su actividad antes, pues en origen era una fábrica de calzado. El Salón Mundial pasó a convertirse en Casa del Pueblo de la UGT, pues era más céntrica y espaciosa que el lugar ocupado hasta entonces en la salida hacia el cementerio; pero, además, abrió sus instalaciones a los socios del Casino para que pudiesen disfrutar de un punto de reunión cuando la CNT trató de incautar sus locales, que después se dedicaron a clínica militar. Además, el Salón Mundial también ejerció como modesto hospital de sangre. Al acabar la guerra, se convirtió en el punto de acuartelamiento de las tropas marroquíes y en el primer comedor de Auxilio Social, aunque por poco tiempo.

Dos de los edificios más emblemáticos de la Guerra Civil en el Vinalopó también modificaron sus funciones a lo largo de la guerra: la finca del Poblet, en Petrer, mucho antes de acabar sirviendo de residencia al presidente Negrín y de lugar de celebración de dos consejos de ministros y alguna otra reunión esencial, ya había sido colonia escolar de niños evacuados, base de protección de vuelos y hospital de sangre (Valero, 2009, 15-16).

Finalmente, las Escuelas Nacionales «Emilio Castelar», de Elda también sufrieron los vaivenes de la guerra: al principio, aunque siguió utilizándose como colegio, hubo de acoger en sus instalaciones a dos grupos madrileños evacuados a Elda con sus maestros; después cedió un aula para la Escuela de Artes y Oficios y más tarde acogió la cantina escolar de los Amigos Cuáqueros, que ofreció meriendas a los niños eldenses, con la colaboración de la Cruz Roja Americana. Con la orden de instalación de dependencias ministeriales en el centro, hubo de desalojarse rápidamente, trasladándose el mobiliario a la fábrica de la Industria Española del Calzado y la ayuda americana a otras instalaciones. Al acabar la guerra, las Escuelas Nacionales fueron ocupadas por las tropas franquistas; en su salón de actos convivieron bailes organizados por los militares con algún consejo de guerra (Bazán, 1989, 154-158) o labores de información sobre personas.

Dos décadas después, el mismo centro acabó ubicando la naciente Feria de Calzado de Elda, de forma provisional, en la primera quincena de septiembre. Después, en los setenta y ahora, siempre continuando como colegio de primaria, ha compartido su uso con la biblioteca local. Las ciudades cambian, los edificios se transforman, la vida no se detiene, pero la memoria colectiva necesita de esas referencias en piedra para poder transmitir su legado, la propia existencia de las gentes, a las generaciones sucesivas.

Bibliografía

- ARAGÓ, L., AZKÁRRAGA, J.M. SALAZAR, J. 2007: *Valencia, 1931-1939. Guía urbana. La ciudad en la II República*, PUV, Valencia.
- ARNEDO LÁZARO, J.V. 2010 *¡Todos a los refugios! Refugios antiaéreos, bombardeos y defensa pasiva: Villena, 1935-1939*, Fundación Municipal José María Soler, Villena.
- BAZÁN LÓPEZ, J.L., 1989: *Historia del Colegio Padre Munjón*, Club de Campo de Elda.
- BELMONTE BOTELLA, V., 2007: *Prisioneros de guerra*, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, Petrer.
- BENEITO LLORIS, A., 2007: *Alcoi, objetivo de guerra*, Zoe Imatge Arts, Alcoi.
- CASTELLANO RUIZ DE LA TORRE, R., 2004: *Los restos del asedio. Fortificaciones de la Guerra Civil en el Frente de Madrid. Ejército Nacional*, Almena, Madrid.
- CERDÁN TATO, E., 1978: *La lucha por la democracia en Alicante*, Editorial Casa de Campo.
- CORBÍ JORDÁ, P., 2002: *El Teatre Principal de Monóver*, Ajuntament de Monóver.
- COSTA VIDAL, F., 2007: *El primer franquismo en Villena (1939-1945)*, Ayuntamiento de Villena.
- GALDÓN CASANOVES, E., 2007: «Los refugios de Valencia», en GIL, E. y GALDÓN, E. (dir.) *El patrimonio material, La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, vol.17, Editorial Prensa Valenciana, Valencia.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. 2009: "Topography of terror or cultural heritage? The monuments of Franco's Spain", en FORBES, N., PAGE, R., PÉREZ, G. *Europe's Deadly Century*, English Heritage, pp.65-72.

- JOVER MAESTRE, F.J. y GARCÍA ATIÉNZAR, G., 2006: *Propuesta de recuperación y puesta en valor del refugio antiaéreo de la Ciudad sin Ley*, MUP.
- LÓPEZ HURTADO, C. 2010: *Villena roja, 1936-1939. Represión de guerra y posguerra*, M&C Publicidad, Villena.
- MINEV (STEPÁNOV), S., 2003: *Las causas de la derrota de la República Española*. Miraguano Ediciones, Madrid.
- MORENO MARTÍN, A., MUÑOZ BALLESTER, A., 2011: "Arqueología de la Memòria: els refugis antiaeris a la ciutat de València", *Saguntum*, 43, pp.177-192, Valencia.
- MORENO SÁEZ, F., 2009: «La justicia popular contra el pueblo: los trágicos sucesos ocurridos en Aspe en julio de», *Revista del Vinalopó*, nº 12, pp. 55-72. Petrer.
- NAVARRO MONTESINOS, J.M. 2002: *Nacer y Vivir en Petrer. Memorias de Costalet*. Edición del Autor. Petrer.
- NAVARRO MONTESINOS, J.M., 2006: *Semblanzas desde Petrer. Memorias de Costalet*. Edición del autor, Petrer.
- NAVARRO PASTOR, A. 1981: *Historia de Elda*, tomo II. Caja de Ahorros Provincial, Alicante.
- NAVARRO POVEDA, B. 2009: «Rosendo García Montesinos, alcalde. Dos ramos de esperanza para un padre», *Revista del Vinalopó*, nº 12, pp. 45-54
- ORS MONTENEGRO, M. 2008: *Elche: una ciudad en guerra (1936-1939)*, Llibreria All i Truc, Elx.
- PAVÍA, S., 1997: *Petrer: los años decisivos. 1923-1939*, Diputación Provincial de Alicante.
- PÉREZ ROSAS, E., 2007: *Un tiro de gracia*, Ayuntamiento de Elda.
- PIQUERES DÍEZ, A.J., 2008: «Aportaciones al conocimiento de la Guerra Civil en Novelda», *Revista del Vinalopó*, nº 11, pp. 161-188
- PONCE HERRERO, G. y MARTÍNEZ PUCHE, A., 2003: *La industria del calzado en el Alto Vinalopó (1850-1977). Origen y expansión de una manufactura*, Universidad de Alicante.
- QUILIS TAURIZ, F., 1992: *Revolución y Guerra Civil. Las colectividades obreras en la provincia de Alicante. 1936-1939*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.
- RICO NAVARRO, M.C., 1998: «La Creu dels Caiguts». *Festa*, Petrer.
- RODRÍGO SÁNCHEZ, J., 2001: «Campos de concentración a escala local: algunas consideraciones teóricas», *Revista del Vinalopó*, nº 4, pp.13-30.
- SÁNCHEZ RECIO, G., 1991: *Justicia y guerra en España. Los tribunales populares (1936-1939)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.
- 2010: *La República decapitada. El caso de la familia Villalu Gisbert (Alicante, 1939-1942)*, Flor del Viento. Barcelona.
- SANTACREU SOLER, J. M., 1990: «La producción de guerra y las tesis de la Posición Yuste», en VV.AA.: *Guerra Civil y franquismo en Alicante*, Instituto de Cultura «Gil-Albert», Alicante.
- SUEIRO, D., 2006: *El Valle de los Caídos. Los secretos de la cripta franquista*, La esfera de los libros. Madrid.
- VALERO ESCANDELL, J.R. «Esplendor y decadencia de las grandes empresas (1921-1950)», VV.AA. *Elda, 1832-1980. Industria del calzado y transformación social*, Instituto de Cultura «Gil-Albert» y Ayuntamiento de Elda, pp. 65-122.
- 2004: *El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó*. Centre d'Estudis Locals del Vinalopó. Petrer
- 2009: «Los lugares de la memoria de la Guerra Civil: El caso de El Poblet de Petrer», *Revista del Vinalopó*, nº 12, pp. 11-32